

PRÓLOGO

Creo que vamos camino de inventar el verdadero arte poético de la traducción [...]

A. W. Schlegel, *Athenaeum* II/2 (1799)

La literatura universal, tal como Goethe la denominó en su hoy ya célebre conversación mantenida con el joven Eckermann el 31 de enero de 1827¹, se ha convertido en las últimas décadas en el punto de partida para una nueva interpretación del fenómeno literario, al tiempo que, al hilo de los procesos de globalización que han determinado el devenir socioeconómico en los cinco continentes, ha contribuido a dinamizar con sus nuevas perspectivas los estudios en este campo en gran parte del mundo actual.

Aunque han transcurrido ya más de doscientos años desde que el genio de Weimar percibiera la necesidad de sacar a la literatura de su encasillamiento nacional, y a pesar del carácter utópico que definió esta idea en un principio², lo cierto es que la base sobre la que se asientan los actuales

¹ «Hoy en día la literatura nacional ya no quiere decir gran cosa. Ha llegado la época de la literatura universal y cada cual debe poner de su parte para que se acelere su advenimiento». Eckermann, J. P. (2005): *Conversaciones con Goethe*, trad. R. Sala, Barcelona, Acantilado, p. 267. Ya unos días antes, el 26 de enero, Goethe había disertado sobre el concepto en una carta al consejero, literato y traductor berlinés Carl Schreckfuss (1778-1844), que se había dirigido a él para preguntarle sobre algunas cuestiones relacionadas con la traducción de un texto de Alessandro Manzoni que estaba llevando a cabo: «Estoy convencido de que se está formando una literatura universal, y que todas las naciones tienden a ello y en este sentido avanzan amigablemente. El alemán puede y debe poner en ello todo su afán, y desempeñará un hermoso papel en esta gran manifestación conjunta» (Goethe a Carl Streckfuss, 26.01.1827. Cit. Seibt, G. (2023): «Die Geburt der Weltliteratur. Über eine aufregende Neuerung des Goethe- und Schiller-Archivs in Weimar», *Süddeutsche Zeitung*, 29.04).

² Marx y Engels la consideraron en un principio como una especie de forma cosmopolita de producción intelectual burguesa: «Ya no reina aquel mercado local y

estudios de literatura mundial no ha cambiado desde entonces. Aunque con un radio de acción menos amplio, la existencia de textos vertidos a una lengua diferente de la original en la que fueron escritos fue el hecho decisivo que permitió a Goethe enfrentarse al conocimiento del otro y percibir claramente esa necesidad, puesto que el «advenimiento» de la literatura universal del que hablaba con Eckermann vino inspirado ni más ni menos que por la lectura de una novela china, lengua que Goethe desconocía por completo y a la que pudo acercarse solo gracias a una traducción. Fue precisamente su interés por las literaturas orientales y su aprecio generalizado de un buen número de textos escritos más allá de las fronteras europeas lo que constituyó el trasfondo de su visión cosmopolita de la literatura como un producto universal, gracias a la cual pudo llegar a comprender a autores tan caros para él como Cervantes o Calderón³. La traducción se convirtió

nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal». Marx, K. y F. Engels (2013 [1848]): *Manifiesto del Partido Comunista*, trad. W. Roces, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, p. 55. Pero contrariamente a lo que ambos pensaban, los nacionalismos crecieron de manera desorbitada en la Europa posterior a 1848.

³ «¡Qué bien ha penetrado Oriente/ por las mediterráneas tierras!/ Solo quien a Hafiz entiende/ también a Calderón aprecia». Goethe, J. W. von (2020): *El diván de Oriente y Occidente*, ed. y trad. H. Cortés Gabaudán, Madrid, La Oficina, p. 119. Fue August W. Schlegel quien dio a conocer a Calderón en Alemania. De hecho, el propio Goethe, que era intendente del teatro ducal de Weimar, se mostró entusiasmado por *La devoción de la cruz*, cuyo manuscrito recibió en septiembre de 1802, antes de que se publicase el libro, aunque tuvo que constatar que una obra así no se podía representar en Weimar. Sí se representó *Der standhafte Prinz* (*El príncipe constante*) después de que se publicase el segundo volumen de las traducciones de Schlegel, el 30 de enero de 1811. En 1812, se representó en Weimar *Das Leben ein Traum* (*La vida es sueño*) en la traducción de Einsiedel y Riemer (cf. Canal, H. (2023): «Handschriftliche Regiebücher als Medium des Übertragens – Calderón auf dem Weimarer Hoftheater unter Goethes Leitung», en *Ästhetiken und Materialitäten des Übergangs und des Übertragens*, ed. S. Noreik, M. Brodrecht y J. Paulus, Berlin, Schwabe, pp. 85-109). Se conservan varias cartas en las que Goethe expresa su admiración por el autor español y su relación con lo oriental. En una dirigida a Zelter, fechada en Weimar el 28 de abril de 1829, dice que en ningún otro autor se han unido nunca mejor cultura y poesía como en Calderón, en tanto que naturaleza y poesía sí lo habían hecho en Sha-

así en un medio imprescindible para el acercamiento al otro, gracias al cual las obras conseguirían acceder a ese estatus de «universal» que él quiso conceder a la literatura, librándola gracias a ello del estado «marginal» en el que quedaría de no poder salir de los límites de su propia lengua y de su propio contexto cultural.

Es evidente que tras esta visión de Goethe subyace la influencia de la concepción que Johann Gottfried Herder había puesto ya de manifiesto sobre la literatura como alma del pueblo, en tanto que en ella se reflejan toda una serie de rasgos constitutivos e inmutables, que Herder considera ahistóricos. En función de esto, la voz del pueblo se articula no solo en las diferentes lenguas, sino sobre todo en las diferentes literaturas⁴, en las cuales se encuentran formas y géneros propios del espíritu de cada nación. Partiendo de esta idea Goethe incluye en su visión «universal» de la literatura toda la gama de expresiones literarias del mundo, con su gran diversidad y diferencia, aunque sin dejar de manifestar, eso sí, una clara preferencia por las literaturas orientales en las que veía el origen del arte de narrar y cantar. En su atenta lectura, Goethe descubrió las claras afinidades presentes en textos propios y ajenos, construidas no solo a partir de una base antropológica común, sino también con el devenir del tiempo y la integración de las diferentes culturas, lo que le sugirió, a pesar de la extrañeza que pudiera provocar en él cualquier texto extranjero, un vínculo subyacente que conectaba el quehacer literario de las diferentes naciones del mundo y que constituía, por tanto, lo que él incluyó bajo el denominador que, con el tiempo, llegaría a hacerse famoso.

Esta nueva comprensión del fenómeno literario surgida del progreso generado por el carácter cada vez más internacional del intercambio discursivo refleja la perspectiva multicultural que guio las incursiones del genio de Weimar en otras literaturas, a menudo sobre la base de una traducción, y que contribuyó a hacer de él un poeta del mundo, capaz de traspasar los límites de la literatura europea y convertirse en un autor universal. Fue precisamente el hecho de que sus obras estuvieran siendo leídas más

kespeare (cf. *Briefwechsel zwischen Goethe und Zelter in den Jahren 1796 bis 1832*, ed. F. W. Riemer, vol. 5 (1828-1830), Berlín, Duncker und Humblot, 1834, pp. 213-216).

⁴ Herder creía que la lengua encarnaba una visión particular del mundo que unía a sus hablantes más allá de las fronteras y estados. Esta idea del *Volksgeist*, el espíritu del pueblo, fue adoptada posteriormente por los primeros románticos, que supieron rescatar aquellas obras en las que se observaba con mayor claridad el espíritu propio de cada nación.

allá de las fronteras alemanas, también en traducción, lo que contribuyó a que el autor empezara a definir la realidad del fenómeno literario con nuevas perspectivas, de manera que tras comentar en un número de 1827 de la revista *Über Kunst und Altertum* un pasaje del parisino *Le Globe*, en el que se reseñaba muy favorablemente una edición francesa de su drama *Torquato Tasso* (1790) y se comentaban los diferentes debates sobre su obra en los periódicos franceses, Goethe señala lo siguiente:

Sea cual sea el estado general de las cosas, que no es mi tarea investigar ni determinar en detalle, quiero sin embargo llamar la atención de mis amigos sobre el hecho de que estoy convencido de que se está formando una literatura general universal, en la que se reserva un papel honorable a los alemanes⁵.

Dada la falta de una clara identidad nacional en la Alemania de su época, no es de extrañar que Goethe estuviera especialmente abierto a la posibilidad de una modalidad literaria transnacional y viera la formulación de una «literatura universal» como la única alternativa posible a la fragmentación cultural reinante en los territorios alemanes. Un año después, en 1828, tras constatar la buena recepción que sus ideas al respecto habían tenido en el extranjero, Goethe reflexiona acerca de los beneficios de ese intercambio literario entre las naciones: «Toda obra literaria acaba por resultar aburrida si no se refresca con la participación externa. ¿Qué naturalista no disfruta de las maravillas que producen los reflejos?⁶».

Cierto es que la identidad nacional alemana no empezaría en realidad a consolidarse hasta las décadas inmediatamente posteriores, pero la tranquilidad política y el cansancio de la guerra que marcaron la década de 1820, esto es, el momento en el que Goethe desarrolla su ideario, ofrecieron la base perfecta de calma intermedia entre las fases de intenso nacionalismo en Alemania, y en Europa en general, proyectando a su vez un ambiente de internacionalismo que constituyó el entorno político ideal para que pudiera surgir el paradigma de la *Weltliteratur*. De este modo, el término comenzó a adquirir las asociaciones de las que aún hoy está impregnado y se convirtió en sinónimo de una reserva colectiva de todos

⁵ Goethe, J. W. von (1912): *Sämtliche Werke. Jubiläums-Ausgabe*, vol. 38, Stuttgart / Berlín, Cotta, p. 97. (A no ser que se indique lo contrario, todas las traducciones son de la autora del prólogo.)

⁶ Goethe, J. W. von: «Bezüge nach aussen», en *ibid.*, p. 137.

los textos de todos los lugares y todas las épocas o, dicho de otra forma, de las obras canónicas que supuestamente representan los logros más elevados de la tradición de cada ámbito cultural. Pero para Goethe «literatura universal» suponía en realidad el momento en que todas las literaturas se convertirían en una sola, el ideal de la fusión de todas las literaturas en una gran síntesis, y cada nación había de desempeñar un papel en el concierto universal. Para Goethe, expandir los intereses literarios más allá de los límites de las fronteras nacionales era algo enormemente necesario que ahora podía hacerse realidad en tanto que el comercio literario vivía unos momentos de amplia expansión. Pero si bien la homogeneización geopolítica surgida tras el Congreso de Viena, un incipiente sistema de mercado de masas internacional, el aumento de la actividad de traducción y la cobertura mediática transnacional animaron a Goethe a percibir el inicio de esa literatura universal, también supo reconocer que la constelación de una literatura verdaderamente transnacional, definida por rasgos temáticos, estilísticos e incluso lingüísticos provenientes de otras partes del mundo y no anclados en las tradiciones de los estados-nación individuales era, en el mejor de los casos, un ideal lejano. Aun siendo esto así, Goethe supo reconocer en todo momento la traducción como un vehículo excepcional para llevar a cabo el intercambio entre los pueblos y hacer realidad ese «papel honorable» reservado a los alemanes, librándose de los prejuicios nacionales y haciendo del cosmopolitismo un objeto de orgullo nacional y, aunque los albores de la era de la literatura universal tardaron en llegar, los libreros y traductores alemanes siguieron con entusiasmo la llamada de Goethe a «acelerar» ese momento que venía gestándose ya desde mediados del siglo anterior, un momento que no puede ser pasado por alto, sino, bien al contrario, considerado como crucial, puesto que en él se inicia por vez primera un verdadero intercambio de carácter transnacional.

La literatura universal resultó ser, pues, «un ideal de la fusión de todas las literaturas en una gran síntesis en que cada nación desempeñaría un papel en el concierto universal»⁷, siguiendo, como no podía ser de otra forma, el espíritu cosmopolita del entorno clásico de Weimar en el que Goethe acuñó el término, y proyectando el estatus de «literatura universal» de manera teleológica, como una meta futura. Aun con todo, en aquel momento Goethe no estaba todavía en condiciones de prever los efectos

⁷ Wellek, R. y A. Warren (1953): *Teoría literaria*, trad. J. M. Gimeno, Madrid, Gredos, p. 60.

potenciales de su nueva percepción del fenómeno literario y, sin embargo, su énfasis en la «participación extranjera» dentro y entre los distintos estados-nación se acerca sin duda al alcance geográfico e histórico del «espacio cultural híbrido»⁸ que vivimos en la actualidad.

Y es que hoy, cuando el intercambio multicultural se produce ya a escala mundial y la literatura se está volviendo inmanentemente global, en tanto que las obras individuales están cada vez más informadas y constituidas por tendencias sociales, políticas e incluso lingüísticas que no están ligadas a una sola nación o región, la idea de Goethe ha resurgido con fuerza. Con la globalización de la economía mundial, se está creando una verdadera literatura mundial, es decir, una literatura global y los nuevos estudios literarios responden ya desde hace tiempo a esa realidad⁹.

⁸ El término lo acuñó H. K. Bhabha (1994) en *El lugar de la cultura*, trad. C. Aira, Buenos Aires, Manantial, p. 24. Bhabha es igualmente optimista respecto de la posible aplicación contemporánea del paradigma de Goethe: «Goethe sugiere que “la naturaleza interna de toda la nación, así como el hombre individual, trabaja de modo por completo inconsciente”. Cuando esto se confronta con su idea de que la vida cultural de la nación es vivida de modo “inconsciente”, entonces puede haber un sentido según el cual la literatura mundial podría ser una categoría emergente prefigurativa involucrada con una forma de disenso cultural y alteridad, donde los términos no consensuales de afiliación pueden establecerse sobre bases de trauma histórico. El estudio de la literatura mundial podría ser el estudio del modo en que las culturas se reconocen a través de sus proyecciones en la “otredad”. Mientras que antaño la transmisión de las tradiciones nacionales fue el tema mayor de una literatura mundial, quizás ahora podemos sugerir que las historias transnacionales de los migrantes, los colonizados, los refugiados políticos, todas estas condiciones fronterizas, podrían ser los terrenos propios de la literatura mundial» (Bhabha, 1994: 29). Y esto es algo que solo puede tener lugar en traducción, demostrando además la validez del concepto para la época transnacional en la que vivimos.

⁹ Baste con mencionar los estudios de David Damrosch (*Literature: a world history*, Hoboken, NJ, Wiley-Blackwell, 2022; *Comparing the literatures: literary studies in a global age*, Princeton, PUP, 2020; *How to read world literature*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2018) y Franco Moretti (*World literature in an age of geopolitics*, Leiden, Brill, 2021; *The Routledge companion to world literature*, Londres, Routledge & Sons, 2014), entre otros, para percibir la proyección que la idea de Goethe está teniendo desde la última década del siglo pasado. En cualquier caso, debe tenerse en cuenta que los estudios que se enmarcan dentro de la nueva corriente de la ahora denominada como «literatura mundial» se llevan a cabo desde una perspectiva al margen de Europa, sin tener en cuenta en realidad, que la influencia del centro «Europa» aún está latente en la práctica totalidad de culturas que a lo largo de siglos han sufrido el imperialismo de naciones de este ámbito geográfico.

Con su ideal humanista, Goethe promovió la idea de que la atención a otras literaturas podía tender puentes de comprensión, tolerancia e intercambio productivo entre poblaciones diversas, algo, si cabe, más necesario hoy que nunca. El presente libro trata, pues, de explorar cómo Goethe y sus contemporáneos se anticiparon a esta necesidad y nos ayudan a comprenderla, y lo hace incidiendo en un ámbito que resultó decisivo para la formación de un nuevo espíritu y una nueva forma de entender el mundo que aún estaban por venir: la literatura española.

El hecho de que las traducciones de textos españoles que se llevaron a cabo en esta época de la literatura universal sean el objeto principal de este estudio se debe a una cuestión fundamental en tanto que, aunque la literatura española como tal había dejado de desempeñar un papel supranacional con el final de la época barroca, lo cierto es que fueron las traducciones de estas obras al alemán las que contribuyeron como ninguna otra, con excepción de las de Shakespeare, al «advenimiento» de lo que Goethe entendía por literatura universal. Bien es cierto que, aunque el número de traducciones del español a otras lenguas durante el siglo XVIII es muy reducido si se compara con las que se llevaron a cabo a partir del francés, también lo es el hecho de que, gracias a la existencia de versiones anteriores, los románticos, inspirados por Herder y los hermanos Schlegel, se encargaron de presentar al público alemán nuevas traducciones de autores españoles, muchas de las cuales siguen vigentes en la actualidad.

El objetivo y la intención de este volumen no es, por tanto, examinar de manera crítica los resultados del trabajo de los traductores que tuvieron una participación más o menos activa en la transmisión de la literatura española a sus respectivas lenguas, sino tan solo mostrar de qué manera, en qué condiciones, con la participación de quién y utilizando qué medios y qué métodos se pudo llevar a cabo el trabajo de traducción literaria durante la época en la que la literatura estaba dejando de ser nacional para convertirse en universal. Los esfuerzos llevados a cabo por los traductores, a menudo anónimos o conocidos por una labor muy diferente a esta, sin que se haya tenido en cuenta hasta hoy la importancia de su trabajo en este campo, contribuyeron de manera decidida a que la literatura española se difundiera por toda Europa y se convirtiera en vehículo imprescindible para el desarrollo del nuevo concepto literario al que las naciones europeas habrían de asistir. Se trata, pues, de sacar a la luz una faceta desconocida hasta ahora para el lector español: la de aquellos eruditos que, en otras latitudes, supieron ver el valor de nuestro acervo cultural y tuvieron capa-